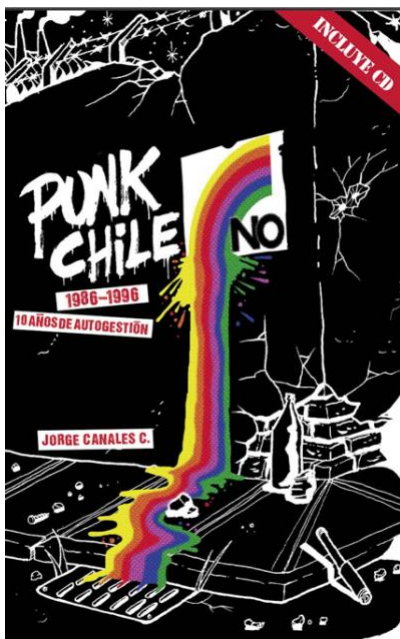




Jorge Canales. 2019. *Punk chileno 1986-1996. 10 años de autogestión*. Santiago: NoPatria Editorial & Editorial Camino, 197 pp.

Javier Paredes
Investigador independiente
japared@uc.cl



[www.sumar.cl/ editorialcamino/ficha/19211](http://www.sumar.cl/editorialcamino/ficha/19211)

En medio de la proliferación de libros cuyo objeto de estudio es la música popular chilena, el punk ha logrado su espacio a través de la autobiografía, la historia de alguna banda en particular o el análisis de la canción punk como texto cultural. Sin embargo, recién con la investigación de Jorge Canales, fruto de su tesis de magister en la Universidad Alberto Hurtado, se logra abordar de manera integral y desde una perspectiva socio-cultural la historia local de este género musical. En este enfoque integral radica el aporte del libro a la literatura sobre el punk producido en Chile, así como a la musicología popular chilena, abordando un género poco estudiado por esta disciplina. El libro se compone de una breve introducción que profundiza en la autogestión como resistencia cultural, seguida de cuatro capítulos: “Antes del punk”, “Los inicios del punk en Chile 1986-1990”, “Sonoridades y grabaciones desde la resistencia cultural” e “Intentos y desencuentros con la Industria discográfica 1990-1996”.

La metodología utilizada para reconstruir esta historia se basa en la recopilación de una diversidad de fuentes orales, escritas y grabadas, que incluyen desde el rescate de la memoria de los propios protagonistas, hasta la articulación metódica de los diversos vínculos entre agentes e instituciones involucrados en la producción y difusión del punk. Revistas, periódicos, documentales, discografía, afiches, fotografías, por nombrar algunos documentos revisados por el autor, constituyen un valioso complemento a la lectura, ya sea por las aclaraciones en la voz de algún músico citado, en la visualización de la estética de las carátulas, o incluso, en la posibilidad de escuchar una canción citada por el autor. Esto último es interesante de destacar, pues, además de un CD con trece pistas, el libro ofrece códigos QR que nos redirigen a YouTube para reproducir alguna canción o videoclip en particular, de modo que, con celular en mano, el lector fluye entre la lectura y la escucha del tema de estudio. Una solución inteligente que aprovecha la tecnología y que se agradece en un libro que versa sobre música, para la cual parece nunca es suficiente la descripción escrita.

Como anuncia el título del libro, la historia del punk chileno que nos presenta el autor tiene como hilo conductor la autogestión, es decir, las prácticas de producción alternativas a la industria musical hegemónica que, inspiradas en la ideología del “hazlo tu mismo”, los músicos locales han asumido para mantener la autonomía creativa y productiva de su material. La autogestión es considerada aquí como un aporte a la diversidad musical y a la democratización de la producción, permitiendo a las bandas mantener una estética y un discurso contestatario. Bajo este prisma, se construye un relato que recoge las diferentes asociaciones que se establecieron entre los músicos punk, así como con artistas de vanguardia y otros géneros musicales; las migraciones del punk por el espacio urbano capitalino que posibilitaron dichos vínculos; y los cambios en las prácticas creativas, productivas y discursivas a lo largo de una década.

La periodización que se propone no es azarosa (1986-1996), sino más bien obedece a ciertos hitos que permitirían demarcar un lapso de tiempo significativo para el objeto de estudio. De esta manera, 1986 se justifica como un buen inicio al constatar la emergencia de una escena en el momento en que bandas y fanáticos logran reunirse en el Primer Festival Punk realizado en la sede del Sindicato de Taxistas de Santiago. Por otro lado, 1996 resulta un año de corte adecuado al reconocer las transformaciones que sufre la escena local al momento del cruce entre punk y hardcore-punk. No obstante lo anterior, como se puede apreciar en el primer capítulo, Canales nos retrotrae algunos años antes para introducirnos en el surgimiento del punk en Inglaterra y Estados Unidos y en los primeros acercamientos de músicos chilenos con el punk, como fue el caso de la banda Corazón Rebelde, integrada por tres hermanos hijos de chilenos exiliados en París, cuyo primer casete circuló en Chile gracias a la publicación del sello independiente nacional Alerce.

Con el propósito de contextualizar, el autor presenta los primeros vínculos entre el punk y las organizaciones sociales chilenas, como fue el caso del sindicalismo y el interés manifestado por el dirigente sindical chileno Clotario Blest (1899-1990) en el punk, que a lo largo de los años se prolongaría hacia los movimientos estudiantiles, mapuche y feminista. También se identifica la primera banda punk formada en el país por alumnos del exclusivo colegio Nido de Aguilas –OrgAsmO (1983)–, siendo el rescate de bandas una tarea transversal a lo largo del libro. Por último, se destaca la relevancia de Jorge González y Los Prisioneros al cimentar un camino para la juventud disidente al régimen militar.

Durante el periodo de estudio, el autor identifica tres olas o generaciones en el punk chileno, siendo este un aporte interesante de la investigación. Las características fundamentales que justifican las diferencias entre cada generación serían las siguientes: la primera se distingue por una inclinación a la improvisación y la experimentación con sintetizadores –más cercana a la práctica instrumental del postpunk– a través de la performance en vivo; la segunda se destaca por reincorporar el ensamble tradicional de rock –guitarra, batería, bajo y voz– y un mayor interés en proyectar el trabajo hacia la producción discográfica; por último, la tercera generación presenta modificaciones en las prácticas de consumo y performance en el ámbito de concierto –una mayor horizontalidad en la relación músico-público–, así como en el tipo discurso que abrazaron las bandas, desarrollando una crítica a la violencia que se producía en los conciertos.

Los fundamentos de estas diferencias son rastreados por el autor en las relaciones que el punk local estableció con artistas, músicos y organización políticas en espacios específicos de la ciudad de Santiago, descritos detalladamente en el libro bajo el concepto de escena. De este modo, se describen los primeros vínculos en los espacios alternativos de resistencia contracultural en pleno régimen militar, como fueron el Trolley o el Garage Matucana, donde las bandas punk pudieron desarrollar la experimentación artística junto a los artistas de vanguardia de la escena new-wave chilena. Luego se aborda su desplazamiento a fines de los ochenta a espacios de consumo e intercambio musical en el boulevard Paseo La Palmas –en la comuna de Providencia– o a lugares de concierto, como la Sala Lautaro y el gimnasio Manuel Plaza que frecuentaba el thrash-metal. En estos espacios se fomentaron los vínculos colaborativos y el interés de las bandas por registrar su material. Finalmente, nos encontramos con la migración del punk a la periferia de la capital, lugar donde se crearon lazos con el hardcore-punk en plazas y casonas –como el CDJ, Cristo Vive, y Plaza Dalmacia– a mediados de los noventa.

La perspectiva socio-cultural del concepto de escena le permite al autor expandir los alcances de la investigación hacia la reconstrucción de una red de personas e instituciones que supera el enfoque centrado en las bandas y su discografía, tópico sobre el que encontramos bastante información en el libro. Entonces, junto con recopilar músicos, bandas, álbumes y canciones relevantes para el género en cuestión, también aparece la figura del *product manager* encargado de reclutar bandas para algún sello –como fue el caso de Claudio Gutiérrez para Alerce–; el apoyo del multifacético artista Vicente Ruiz dentro de la escena underground de los ochenta; la participación de Estudios Rec en la grabación de las primeras producciones formales de las bandas; la influencia de los programas de radio que facilitaron la conformación de audiencias –como Al Margen de la Universidad de Santiago (1991) o Próceres Sudakas en Radio Tierra–; las asociaciones que permitieron el desarrollo de bandas juveniles en los noventa –como la Asociación de Trabajadores del Rock, ATR, con las Escuelas de Rock–; y los sellos multinacionales y sus filiales participes en la producción discográfica y en la masificación de las bandas.

La historia del punk enfocada desde la autogestión, oscila entre la autonomía de los músicos y la negociación con la industria de la música, evidenciando los cambios en los modos de producción y difusión. En este camino destacan especialmente el formato casete, las prácticas colaborativas, el sello Alerce y la industria multinacional. El autor nos informa sobre la relevancia del casete para el desarrollo del punk local, en cuanto formato que ayudó a concretar los ideales de autogestión, permitiendo así la publicación de música independiente con un discurso contestatario sin la necesidad de transar con la industria de la

música formal. Los ejemplos que se entregan al respecto son elocuentes. De este modo, la crítica al régimen militar a través de grabaciones como *¿Caos o democracia?* (1989) de la banda Caos, o *Al servicio...* (1989) de la banda Ocho Bolas, fue posible, precisamente, gracias al autocontrol en los diferentes procesos de producción que aseguraba el casete.

De la mano con el control y la facilidad de acceso que propiciaba este formato, también encontramos la incorporación de prácticas colaborativas entre los músicos y con otros artistas para bajar los costos de producción y distribución del material. Este fue el caso del *split*, alianza entre bandas con el objetivo de solventar los costos de un álbum e incrementar su potencial audiencia. En este sentido, resultan ilustrativos los comentarios que nos ofrece el libro en la voz de los propios músicos respecto a estas prácticas, como en el caso del álbum *Anaranjado* (1991) de Parkinson.

El relato sobre la incorporación de las bandas punk locales a la industria de la música no esconde las complejidades del proceso. Por un lado, el interés del sello Alerce por incorporar a su catálogo música con contenido crítico-social derivada del pop-rock, así como la disputa con EMI por el control del rock chileno en los noventa, fueron especialmente relevantes para la mayor exposición de las bandas, despertando el interés de la industria multinacional y los medios de comunicación. Por otro lado, las discrepancias ideológicas y temáticas entre el punk y la línea editorial de las multinacionales, junto con los problemas de derechos de autor y los porcentajes de pago, cimentaron la salida de las bandas que habían firmado contrato con ellas. El itinerario del punk durante una década por el sendero de la autogestión culmina con la creación del sello Masapunk (1996), un gesto de autonomía que facilitó la incorporación de nuevas sonoridades importadas por el hardcore-punk y los discursos subalternos proveídos por las ideologías animalista, veganista y vegetarianista que asumió la nueva generación de músicos.

A lo largo del libro, el autor nos revela cómo la localización del punk y su discurso permitió articular una narrativa que sirvió a las juventudes disidentes tanto al régimen dictatorial como democrático, pues si bien, la transición suponía mayores libertades, el punk continuó siendo objeto de censura. Letras contestatarias, nombres provocadores y una sonoridad estridente fueron formas de expresión de un discurso que con el tiempo sufrió transformaciones en el ámbito local. Si en un comienzo se abrazó la desesperanza de premisas como “no hay futuro”; en los noventa el discurso se politizó gracias al vínculo con grupos sindicales y estudiantiles; para luego, adoptar una posición subalterna por influencia de las nuevas ideologías que portaba el hardcore-punk. Estos cambios en el discurso fueron alimentados por las relaciones entre el punk y otros actores sociales en los diferentes espacios en que se desplazaron los músicos, siempre guiados por el principio de una autogestión colaborativa.

Punk chileno 1986-1996. 10 años de autogestión es un libro de interés para cualquiera que necesite adentrarse en los orígenes del punk local y su posterior desarrollo en los noventa, y también para conocer los procesos de producción alternativos que formaron parte de la música popular chilena a fines de siglo XX. Por su complejidad, reconstruir la historia de un género musical siempre deja aristas inconclusas, como bien previene la investigación. Una historia esbozada al pasar fue la posible conformación de una escena punk translocal que el autor percibe en el intercambio de material entre las bandas, o bien, el desarrollo del punk a lo largo de Chile, algo que se asoma en momentos en el libro. De cualquier forma, para que tales tópicos salgan a la luz y puedan ser abordados en el futuro, es pertinente primero

conocer la historia del punk en la principal urbe del país cimentando el camino, un compromiso bien llevado por este libro que, por cierto, también es fruto de la autogestión.